

fórmulas que alcanzan en ocasiones calidad de verdaderos exorcismos, se debe a que "la individualidad del mexicano aún no se cubre con la corteza social que le permita vivir sin aspereza, en armonía con los demás"

Análogamente, Carrión apunta una serie de consideraciones acerca de muy variadas manifestaciones de la vida del mexicano y busca explicarlas en forma psicológica o psicológico-social contribuyendo así al estudio del y de lo mexicano con una serie de hipótesis que, cuidadosamente deslindadas de la rica magna literaria en la que se encuentran pueden servir como puntos iniciales de investigaciones rectificadoras o ratificadoras.

URANGA, EMILIO: *Análisis del Ser del Mexicano*. Colección México y lo Mexicano (4). Porrúa y Obregón. México, 1952.

Ha sido el historicismo el que, al poner de resalte la condicionalidad histórica de todo sistema de pensamiento por universal que parezca o pretenda ser, ha despertado el interés de las culturas no europeas en analizarse para poner de manifiesto sus propios valores; dentro de esta corriente, debe enmarcarse el interés patentizado en la última década hacia lo mexicano; interés que, sin carecer de antecedentes, se acentúa fuertemente en estos últimos años en los que el mismo se convierte en preocupación generacional y, muy principalmente —conforme apunta Emilio Uranga— en problemática que se plantea y trata de resolver la más joven generación mexicana del medio siglo.

A esa generación más joven de intelectuales, constitutiva del grupo Hiperión al que Uranga pertenece, importan tales interrogantes desde el ángulo teó-

rico especulativo, sí, pero, al mismo tiempo y por encima de ello, le interesa despejar tales incógnitas por cuanto dicho despeje puede contribuir a resolver pragmáticamente problemas histórico-sociales y político-sociales de México; en cuanto el mismo puede dar satisfacción al reclamo de vivir conforme a nuestro propio ser, reclamo que impone la necesidad de "sacar en limpio la morfología y la dinámica de ese ser" Y, en este plano, si el punto de arranque es filosófico, el auxilio buscado de la historia cobra significación a la luz de una historia concebida y valorada no por cuanto tiene de pasado, sino por cuanto hay en ella de humano, por cuanto la historia tiene de expresiva de ese ser cuya morfología y dinámica se buscan.

Partir de la filosofía ha representado para Uranga buscar el denominador común de todos los rasgos que diversos estudiosos asignan como característicos del mexicano, y encontrar así como categoría a la que son todos ellos adscribibles la de accidentalidad, considerada como contrapuesta a la esencialidad propiamente dicha en cuanto ser-en, concebida como fragilidad u oscilación entre el ser y la nada, como cosa que pende o depende, como penuria o insuficiencia, como adviniente, como proyección hacia el ser o como vector hacia él. Con base en tales notas caracterológicas del accidente, Uranga encuentra que "los comportamientos o conductas del mexicano son 'modos' de accidentalización de su originaria accidentalidad", y al preguntarse acerca de la génesis de la inferioridad se interroga acerca de "cuáles son las condiciones, residentes en la constitución del ser accidental del mexicano, ontológicamente necesarias, de la posibilidad de que el mexicano pueda existir en el modo de la inferioridad?"

El mexicano, al concebirse a sí mismo como "accidental y zozobranter", se abre

a los más profundos estratos de la condición humana, de tal manera que, al vivir su mexicanidad vive —“en pareja” según el decir de Uranga— su humanidad y, consiguientemente establece un sentido de comunicación que comprende lo humano ajeno por la trasposición de sentido de su propia vida. Frente a ello, un cierto modo de nacionalismo que contempla a México como “un conjunto de bienes elaborados de que se puede sin esfuerzo gozar y que precisa preocuparse por salvaguardar de intrusos que, también sin empeñarse, podrían echarse a la bolsa nuestras riquezas”, muestra una forma de deshumanización, de pretendida salvación por el haber o por la hacienda que conduce, tarde o temprano, a la desesperación.

Uranga encuentra en la accidentalidad del mexicano un modo de oposición fundamental y constitutivo frente a la substantialidad del español, oposición de jerarquía distinta que la que el mismo mexicano establece con el estadounidense y de signo y jerarquía distintos de la afinidad con el francés, ya que mientras la primera lo es, estas últimas *no* son definitorias del mexicano. De otra parte, mientras en dicha oposición le va al mexicano su ser mismo, al español no le va sino una de las formas de su aparecer. Dicha constitucionalidad de lo accidental en el mexicano frente a lo substancial del español se manifiesta en la conducta diaria de mexicanos y españoles, ya que mientras los primeros, en situaciones dadas vacilan y sacan de la zozobra la actuación adecuada, los segundos actúan en forma previsible y prevista, seguramente. “El mexicano no sabe explicarse sobre sus conductas y sentimientos, no se objetiva, sino que vive en una indefinición y nebulosidad a menudo deprimentes; en cambio, el español se objetiva con brutalidad, llava al pan, pan y al vino, vino: se

agarra a sí mismo con seguridad y certeza, en tanto que nosotros nos desleímos en indeterminaciones”.

REYES NEVAREZ SALVADOR: *El Amor y la Amistad en el Mexicano*. Colección México y lo Mexicano (6). Porrúa y Obregón. México, 1952.

El lenguaje, la poesía, la arquitectura revelan en el mexicano un mismo gusto por el circunloquio y la finura que buscan la fórmula menos decidida, la cuerda menos estridente, la imagen menos rotunda, que se manifiestan en el ámbito de las relaciones inter-personales —como lo anota Octavio Paz— como una apertura del mexicano ante los otros con el pudor de quien esconde lo que es muy propio y, por lo mismo considerado como inadecuado para el juicio de los demás, antes que con la vergüenza de quien oculta lo que es indigno; apertura que, en otro lenguaje, consideraríamos como un temor de que los demás le roben su ser mismo. En ángulo distinto, la finura se manifiesta en la relación del hombre con las cosas al través del abundante empleo del diminutivo que si bien es cierto que vale por disminución métrica, también es verdad que equivale a aproximación que se hace de la cosa al alma del hablante, a anulación de la extrañeza de la cosa, a familiarización de la misma, de tal suerte que, en sentido lato, el hombre de México humaniza las cosas (las eleva a su rango) en vez de cosificarse (y descender al nivel de las cosas), o, en sentido particularista —y en adhesión de Reyes Nevárez a las observaciones de Zea— humaniza las máquinas en lugar de mecanizarse.

Al lado de la finura, la dignidad le parece a Reyes Nevárez ser nota dominante en el carácter del mexicano, sin embargo, su ejemplificación es defec-